Original

Título: *El furioso merengue*

Seudónimo: Ulysses Joyce

Los vasos anublados sobre mesitas de madera, medio llenos de cerveza muerta. La hecatombe pirómana de colillas de cigarrillo apiñadas y retorcidas, como ahogadas después del disfrute salivar en una piscina demasiado estrecha para tantos cuerpos. La atmósfera vacía y rodante de botellas de ron y servilletas ovilladas, de barajas y dados abandonados a la suerte de su azar juguetón, eran, para *su* mirada madrugadora, un brochazo de tristeza dejado por la flotante desolación juerguística de adultos trasnochados y trasnochadores.

En el fragor del humeante traqueteo de las fichas, esa noche podía escuchar desde su cama las risotadas tusivas mezcladas con el manoseo de cartones de bingo y las voces de compadres glotones reidores vulgares fumadores que, invitados al fiestón de cumpleaños *de mis siete años* que su papá le arregló con un conjunto de perico

ripiao que mandó a buscar desde Barranca, llenaban las sombras de su habitación, a la que se disponían regresarla cuando *en un descuido de mamá me empiné y pude ver a través de la puerta trasera que da al patio la enorme mancha rojiza que cubría la yerba*. Cerradas las puertas de la parte delantera de la casona de madera donde papá tenía la pulpería y donde también vendía tercias de ron, eran custodiadas por dos guardias y un tercero que vino a buscar a mi papá para interrogarlo y se lo llevaron al cuartel para ponerlo a hablar. El día de Santa Ana los músicos beben mucho ron, hablan alto, porfían demasiado hasta que se ofenden y jalan por los metales y mira esto, el día de mi cumpleaños lo que pasó. Ahora mamá está dando gritos cerca de la barbacoa de la cocina porque se llevaron a papá para ponerlo a hablar. Mamá piensa que no he visto los cuerpos arropados con las sábanas de su cama, las que tienen muchos tigres de cara grande y que el domingo pasado se sacó en primera en la rifa de las señoras que rezaron aquí el otro día. A poco tiempo de que el guardia se llevara a mi papá en una camioneta para ponerlo a hablar, llegaron dos señores de bata blanca y se pusieron a escribir

mientras le quitaban al muerto más gordo la sábana de tigres de mi mamá y también lo hicieron con el otro cuerpo que no era tan gordo y también se pusieron a escribir. Por supuesto que eso no lo vi yo, sino que se lo escuché decir a mi mamá cuando hablaba con mi tía que también lloraba porque a mi papá se lo habían llevado al cuartel para ponerlo a hablar. Ella me había metido a mi habitación y yo estaba acostada en la cama como la noche anterior cuando podía escuchar todo el ruido que hacían para poder celebrarme el cumpleaños. Pero ahora lo que podía escuchar eran los gritos de mi mamá y de mi tía y a mi mamá contándole lo de los hombres con bata blanca que se llevaron en camillas en una ambulancia a los dos hombres que habían discutido por un trago de ron y que después pelaron por los metales y mira lo que pasó me estropearon el cumpleaños el día de Santa Ana.

No sé lo que pasa ahora, pero hay un alboroto peor que el de anoche cuando hacían el ruido para poder celebrarme el cumpleaños. No puedo escuchar bien lo que sucede porque todos hablan tan alto y al mismo tiempo y no puedo salir porque mamá me prohibió salir hasta

que esa turba de curiosos que se escucha en la carretera no se largue para su casa. Mi papá es un hombre muy conversador. Si él estuviera aquí hace rato que me hubiera mandado a buscar y me hubiera sentado a sus piernas, moviéndolas de arriba abajo y diciéndome *sancalalá sancalalá sancalalá* Por eso es que quiero que acabe de llegar del sitio adonde se lo llevaron para ponerlo a hablar y para que mande a callar a toda esta gente alborotada que no sé de donde habrá salido tanta gente más que la de anoche. Además de conversador y de gustarle hablar mucho con la gente que viene a comprar andullo a la pulpería, mi papá también si puede le quita el hambre a cualquiera. Recuerdo que el día de Santa Ana del año pasado vinieron unos viejitos que andaban peregrinando para los cerros y mi papá los invitó a quedarse con los demás invitados que había aquí haciendo ruido celebrándome el cumpleaños, y les dio mucha comida y mucho puerco asao y hasta les hizo cama para que descansaran y partieran al otro día. Este año no vinieron los viejitos pero con toda seguridad que si hubieran venido mi papá los habría invitado a quedarse y a celebrar mi cumpleaños. Es por eso por lo que digo que no solamente papá es

conversador y que le gusta hablar mucho con la gente que viene a comprarle tercias de ron, sino que también es buena gente con quien sea que necesite un favor. Por eso lo respetan tanto y si estuviera aquí ni siquiera tuviera que hablar, con solo toser o lanzar una mirada ya todo este escándalo de gente gritando y vociferando y diciendo *ay ay ay guay guay guay* se hubiera dispersado y vuelto la calma. Pero ya yo me estoy sintiendo nerviosa porque ni anoche había tanto ruido ni gente gritando ni dando pisotones en el piso de madera que se oyen como truenos secos que hacen que las gallinas que ponen debajo de la casa salgan corriendo y volando con las alas abiertas cacareando dejando huevos y pollitos en banda.

Lo último que pude escuchar fueron otra vez los gritos de mi mamá y de mi tía y a mi mamá otra vez contándole a la señora que vino a rezar la otra noche lo de los hombres vestidos de blanco que se montaron en una ambulancia y se fueron con las sábanas de mamá que ella le había rifado. Como no puedo salir hasta que regrese papá del lugar donde se lo llevaron para ponerlo a hablar, cierro los ojos y los aprieto junto con los puños y me pongo a imaginar que

ahora el patio está vacío y limpio y que puedo salir a jugar otra vez a la yerba luego de que se le quite el color rojo sobre el que los dos hombres de bata blanca estaban escribiendo mucho esta mañana. Tengo que preguntarle a mamá que cuándo es que se le va a quitar el color rojo a la yerba para irme a correr otra vez por todo el patio y a revolcarme por la yerba cuando sea verde de nuevo. Eso es lo bueno de cerrar los puños y los ojos con todas mis fuerzas porque puedo imaginar que estoy corriendo por la yerba verde solo verde y que a mi papá ya lo trajeron de ese sitio donde se lo llevaron para ponerlo a hablar y que no bien ha llegado pregunta por mi y manda a que me saquen de esta habitación donde me estoy poniendo loca de todo el griterío que entra a través de las tablas del seto para sentarme entre sus piernas y moverlas de arriba abajo cantándome *sancalalá sancalalá sancalalá* Pero en la medida en que mis puños se van abriendo ellos solitos y mis ojos me duelen de tanto tiempo apretados, vuelvo a pensar en esa yerba pintada de rojo por esos dos hombres arropados con las sábanas de mamá y a mi papá que se lo llevaron para ponerlo a hablar y ahora a todas estas viejas rezadoras

gritando *ay ay ay guay guay guay*. Me estoy llenando de miedito y se me ocurre ponerme de pie sobre la cama y abrir la ventana para mirar al patio a ver si ya papá y mamá están juntos para que me saquen de aquí pero me asusto mucho y vuelvo a cerrar la ventana de un trancazo porque además no tenía permiso para abrirla y mucho menos para levantarme de la cama. Y me asusto más y más porque no sé el porqué de tanto *ay ay ay guay guay guay* al que ahora también se han sumado a todo pulmón mi mamá y mi tía continimá cuando ya se han llevado en camilla a esos dos y solo estamos esperando el regreso de papá de ese sitio al que se lo llevaron para ponerlo a hablar. No puede ser que estén con este griterío porque a esos dos se los hayan llevado los de bata blanca. Cuando mejor deberían estar contentas de que la yerba volverá a estar verde tal como la vi cuando tenía los ojos y los puños apretados y corría como una loca por la yerba verde con mis zapatos blancos y mis medias de bolitas blancas.

Ya estoy que me he hecho pipí dos veces en esta cama y mis ojos y mis puños no quieren cerrarse para seguir imaginando cosas bonitas como comer queso y plátanos maduros a la hora de la cena con mi

papá, tal como hicimos ayer él y yo, y verlo tocar guitarra sentado en el mueble de palitos de abuelo montando la canción cumpleaños feliz *para cantártela a ti mañana día de Santa Ana*. Tengo hambre y sueño y mis tripas las tengo revoltiadas y nadie viene a decirme nada ni siquiera para saber si tengo sed. A lo mejor todo este griterío de las señoras rezadoras de la rifa al que también se han sumado mamá y mi tía llorando y llorando cada vez más fuerte *ay ay ay guay guay guay* será porque ellas también tienen mucha hambre y quieren cenar con papá que aún no lo han traído del lugar ese donde el guardia se lo llevó esta mañana para ponerlo a hablar.